

LOS JUEVES DE LAS MUJERES- Eva Santana López

La vida es bella, tú verás como a pesar de los pesares tendrás amor, tendrás amigos.

Versos de "Palabras para Julia" Jose Agustín Goytisolo (1979)

Prólogo

Nací en la época equivocada. Las mujeres que crecimos en la Posguerra estábamos destinadas a ser madres y esposas. Nuestro DNI rezaba como profesión 'sus labores'. Siempre eran otros el centro. Hasta que surgieron 'Los jueves de las mujeres'. Pero, de eso, hablaré más adelante. Para que mi relato tenga sentido, debo empezar por el principio:

Mi primer recuerdo parece rescatado de una película muda, de esas que en los años 30 se filmaban en cinta de ocho milímetros. La escena no la grabó nadie pero en mi imaginación veo la niña que fui desde fuera, como una espectadora de mi propia vida. Debo tener entorno a seis o siete años. Estoy en jugando con unas matrioskas. Mi madre las llamaba por su nombre original: "*Mamushkas*". Eran unas muñecas rusas vulgares, como todavía hoy hay tantas. A mí me encantaba descubrir cómo una encerraba a otra, y a otra, y a otra... y no sabías cuándo llegaría la última, la pequeña, la de menor detalle, la que a mí me parecía la peor dibujada y la más vulnerable. Estaban fabricadas en madera y pintadas con llamativos colores entre los que destacaban el rojo, el negro y el amarillo. Tenían unos ojos muy brillantes gracias a un punto de pintura blanca. Estaban rematados con tres pestañas, proporcionalmente larguísimas, y con una sonrisa estática en una boca pequeña, casi ridícula. En mi recuerdo abro la más grande. Luego la cierro y voy a por las siguientes. Las ordeno de mayor a menor. Juego con las mitades huecas. Huelo su olor a madera. No recuerdo nada más de ese instante: si alguien me hacía compañía, si cantaba mientras jugaba, si estaba en mi cuarto o en el salón... Lo que sí que recuerdo, claramente, es la sensación de ser feliz. De mi niñez no tengo ningún recuerdo propio más, tan solo las anécdotas que me explicaron acerca de mi infancia y de mi nacimiento. Ahora, en la recta final de mi existencia, me está de

nuevo pasando lo mismo: no recuerdo muchos de los momentos que he vivido. Tengo la sensación de ser yo ahora una muñeca rusa a la que se le van abriendo los recuerdos en mitades inconexas que luego no puedo volver a montar. Con el tiempo sé que mi vida y mis capacidades van a ir desapareciendo. Iré hacia atrás, volveré cada vez más adentro, hacia el pasado, hasta que todo desaparezca y quede tan solo la última matrioska.

Por eso quiero escribir. Por eso y porque no quiero que caigan en el olvido las experiencias por las que he pasado. Han habido momentos muy duros: desilusiones, traiciones, episodios de los que me avergüenzo... Supongo que si pudiéramos volver atrás en el tiempo, todos cambiaríamos aquello que no hicimos bien. Con la experiencia acumulada actuaríamos diferente. Pero no puede ser. Nadie puede hacerlo, así que al menos quiero que mi testimonio sirva, no para que me juzguen los que me lean, sino para que entiendan que actué así porque no supe hacerlo de otro modo. Y también para demostrar que la vida no es siempre cómo esperamos y que nos sorprende en lo bueno y en lo malo, cuando menos te lo esperas.

De momento, la persiana que va oscureciendo mi memoria no se ha cerrado del todo. Aunque mis facultades se van apagando, y pronto me quedaré a oscuras, si cierro los ojos aún puedo revivir la película que ha sido mi vida. Sé que muchos de mis recuerdos ya se han borrado de la misma forma que no puedo recordar lo que pasó en mis primeros años de vida. Que puedan desmoronarse los recuerdos vividos, como la ola que deshace un robusto castillo de arena, es terrible, me apena y me da miedo.

Anclada en la setentena veo el tiempo pasado con la perspectiva adecuada. Ahora me doy cuenta de la importancia del presente y doy muy poca al futuro. Me limito a disfrutar de mis "píldoras diarias de felicidad": valoro del calor que proporciona el sol en un día de invierno; antes que el calendario anuncie un cambio oficial de estación detecto los matices que producen los meses en su paso de unos a otros; ansío las pequeñas rutinas como el paseo matinal, las cabezadas a deshoras o la lectura de un buen libro por las

tardes. Mis días transcurren placenteros sin esperar que nada nuevo suceda. A pesar de la añoranza por algunos momentos del pasado, especialmente por las personas que se han ido, ahora en la vejez, puedo decir que soy feliz. Inmensamente feliz.

Pero como a todos los que vamos para viejos, si no lo soy ya, nos queda poco tiempo. Tal vez pueda vivir hasta los ochenta. O tal vez más. Pero no quiero depender de varias pastillas diarias, vigilada día y noche, sin saber siquiera dónde estoy, quién me rodea o cómo me llamo. Es terrorífico y francamente no deseo que suceda. De lo que estoy segura es que primero se apagará mi mente y luego mi cuerpo ya que no tengo ninguna enfermedad “externa” de gravedad. Mis piernas caminan sin cojera, mis manos no tiemblan, mi estómago acepta alimentos prohibidos para otras personas de mi edad... No, no me puedo quejar. Tal vez me duelan un poco los huesos y pese más de lo que pesé siempre. Me acostumbé a ello, hace años, cuando me llegó la menopausia. Tengo, como corresponde, el rostro y las manos surcados de manchas y arrugas. Mi pecho es flácido y mi barriga abultada. Mis piernas están cosidas de finas varices, nada grave más que para afeitar una figura que ya no me importa conservar esbelta y delgada. Milagrosamente, conservo intacta mi dentadura y una melena que, aunque blanca, aún puedo lucir con orgullo. Hace tiempo que decidí dejar de teñirme, sin que ello implique dejar de pasar semanalmente por la peluquería. Apenas me queda vello: lo he ido perdiendo con los años, en la misma proporción que ganaba quilos, flacidez y la aceptación de mi nuevo físico. Aún mantengo la ilusión por acicalarme y soy, como he sido siempre, presumida.

En mi caso la enfermedad erosiona desde dentro. Tal vez hace dos o tres años atrás, o tal vez hace más, que he empezado a darme cuenta que me cuesta recordar lo que ha sucedido semanas incluso horas antes. Tengo despistes frecuentes como dejarme una olla en el fuego hasta que el agua se evapora, bajar dos veces a comprar o no recordar conversaciones ya mantenidas. Repito varias veces anécdotas ya contadas o dejo inacabada una frase antes de acabarla. De algunos de esos despistes y lagunas de memoria me doy cuenta yo misma. Otros, me los hacen notar las personas que están a mi alrededor. He empezado a adoptar estrategias para negar lo evidente: apunto lo que debo hacer y sigo al pie de la letra la lista de tareas que me he fijado; confecciono

menús semanales; marco rutinas y horarios en mi vida diaria como si todavía fuera una escolar; cuando encuentro a alguien por la calle que viene a saludarme, y yo no recuerdo ni su nombre ni siquiera de qué lo conozco, finjo saber quién es; asiento en las conversaciones de las que a menudo me abstengo para no equivocarme, no repetirme o simplemente porque se me va la cabeza a otro sitio. Cuando me llaman la atención siempre respondo “cosas de viejos” o “qué memoria la mía”.

Últimamente, me he convertido en un peligro para mí misma: ayer me quemé ambas manos al coger una paellera sin las manoplas. La izquierda está cubierta ahora por un aparatoso vendaje. Por suerte, en la derecha, la lesión es superficial y la tengo libre para escribir. He aceptado lo que nunca hubiera deseado: debo ingresar en una residencia para que sean otros los que velen por mi salud. De momento, solo vengo a pasar el día. Por la noche aún duermo en casa. Pero sé que dentro de poco ya no será así. La enfermedad va más deprisa de lo que quiero admitir. Con el tiempo me convertiré en una matrioska hueca y me quedaré, tal vez, anclada en algún recuerdo de mi infancia.

Mis recuerdos son mi vida, conforman quien soy ahora. Las personas a las que he conocido y, sobre todo, las personas a las que he amado, son las que dan sentido a mi presente que pronto se desvanecerá. Por eso, también, quiero recordar. Desde aquí, en un día de frío invierno como el de hoy y en esta residencia que ahora sé que pronto será mi hogar, escribo el prólogo de lo que será el relato de mi vida.

Clara Siurana Barcelona, 19 de febrero del año 2000.